

ro obra como debía hacerlo?» Barradas desembarcó el 27 de Julio en Cabo Rojo, con 2,700 hombres. «Si nuestro cuerpo de ejército hubiera estado desde el 17 de Julio de 1829 en Tula de Tamaulipas ó más abajo no hubiera dejado á Barradas ocupar Tampico y lo hubiera batido inmediatamente. Es una gran vergüenza para una nación, que posee siete millones de habitantes, que sabía á punto fijo con anticipación de *sesenta días* que iba á ser atacada, que disponía de 47,000 hombres sobre las armas, dejarse invadir por 2,700 que se apoderaron sin resistencia del *segundo puerto*¹ de la República, con toda su gruesa artillería y que permanecieron en actitud triunfal *cuarenta y seis días* en nuestro territorio.»²

No en defensa de México ó del gobierno del general Guerrero, sino por amor á la justicia, deben examinarse de cerca las apreciaciones del Sr. Bulnes. Dice verdades como el Himalaya al plantear técnicamente la cuestión militar. Siendo esto así, ¿cómo se explica que el benemérito general Guerrero, de quien el Sr. Bulnes dice que *fué enérgico para los grandes deberes patrióticos*, olvidara hasta el crimen los intereses nacionales confiados á su salvaguardia? Es lamentable que el Sr. Bulnes no determine con precisión sintética, ya que se propone ser tan contundente, las responsabilidades del gobierno. Por una parte dice que la oposición que se le hacía á Guerrero no tiene igual desde la independencia hasta el año de 1903, pues todas las facciones estaban contra él porque no había querido gobernar con ellas sino con el pueblo, que no tenía existencia política, de donde resultaba un gobernante despreciable, «aislado en sus puros ensueños democráticos;» que es bochornoso para el Congreso haber otorgado tan tarde al presidente las *facultades extraordinarias* que pedía para hacer frente á la invasión: que dada la situación del gobierno, creada por elementos de discordia, á los que no era extraña la acción de los agentes asalariados que tenía el enemigo para dominarnos, «los españoles habían escogido un buen momento para reconquistar su nueva presa;» por otra parte afirma rotundamente: «El Presidente Guerrero pudo, *sin facultades extraordinarias*, rechazar la invasión de 2,700 españoles, al mando de Barradas.» Si tanto podía no debió haber pedido esas facul-

¹ En 1829 no era Tampico el segundo puerto de la República, ni siquiera de los del Golfo. Zavala dice, hablando de Tampico: «... era el puerto principal del Estado de este nombre (Tamaulipas), cuyos adelantos rápidos en seis años que hace que está habitado, anuncian una grande prosperidad futura.» (Revoluciones de Nueva España. Tom. II, pág. 178). En ese mismo tiempo Campeche era una ciudad que tenía un número de habitantes por lo menos tres veces mayor.

² Bulnes, *obra citada*, págs. 12 y sigts.

tades, ni fué bochornoso para el Congreso retardar su otorgamiento, como lo afirma el Sr. Bulnes. «Es también ridículo que un país de siete millones de habitantes, que tenía la desgracia de sostener sobre las armas como ejército en pie de paz 47,000 hombres (33,000 federales y el resto de los Estados), tenga necesidad de ejércitos extraordinarios, de ponerse en alarma y de entregarse á costosos sacrificios para defenderse de 2,700, á medias destruidos por la fiebre amarilla y las enfermedades de tierras cálidas mortíferas.» Ridícula ó trágica, si no existía la *necesidad* de costosos sacrificios para reclutar ejércitos extraordinarios, y Guerrero impuso aquellos á la nación y recurrió á los servicios de éstos, no era el hombre *enérgico para los grandes deberes patrióticos* que pinta el Sr. Bulnes; pero no sólo existía aquella necesidad sino que era angustiosa, como vamos á verlo.

El Sr. Bulnes no da cuenta exacta de la situación al atribuir exclusivamente á debilidades de Guerrero, soliviado por las facciones, nuestra alarma ante la invasión. Habla de un *ejército abstracto* de 33,000 soldados federales y de los *recursos normales* del presupuesto de guerra y marina para concentrar dos cuerpos, uno en Tula y en Jalapa el otro. Para dar la impresión exacta de aquella situación, debió haber pasado de la rigidez de las cifras á la esencia de los hechos. ¿Dónde estaba el ejército? Pregunta que condensa todas las amarguras de Guerrero ante la inmensa y sombría bancarrota nacional. El ejército desbandado, disuelto, corroído pero insolente, era el símbolo y el instrumento de la discordia, no el brazo armado de la Patria. ¿Cómo lo olvida el Sr. Bulnes, que en otro lugar diseña con delectación y maestría ese cuerpo putrefacto? Y sobre todo, ¿cómo rechaza al hablar de un *presupuesto normal* sus elocuentes páginas sobre el *lúgubre* problema financiero? Cuando llegue su turno al militarismo, hablará del ejército, y cuando exalte las miserias de nuestro país sin ríos ni combustible, tratará de las finanzas ahogadas en la charca del agio. Por ahora, como su fin directo es acusar á Guerrero, no admite hechos explicativos de la impotencia oficial. No es para él la pobre tarea de acumulación, lenta y minuciosa, de todos los elementos que componen un estado social, ni la de pesarlos y combinarlos luego. Una acusación no es una historia.—“Pero la guerra se vino encima; un cortísimo cuerpo de ejército español desembarcó en la costa oriental, y la República, con mil sacrificios, pudo oponerle un ejército apenas superior; mas hizo un esfuerzo agotante para resistir á un ejército mucho mayor que se suponía

vendría en seguimiento de la vanguardia, mandada por Barradas, y los agiotistas, risueños é irónicos, tomaron de nuevo posesión del Ministerio de Hacienda; era preciso vivir, aunque fuera con el dogal al cuello.”¹ La situación financiera era, en efecto, como la pinta el Sr. Sierra, dolorosa, efectiva, desesperante. Para conocerla, importa saber le que dice de ella el Ministro de Hacienda de Guerrero: “Las noticias de los sucesos últimos de México (los escándalos de la Acordada), escritas á Europa con la exageración con que siempre se refieren estos acontecimientos, y mucho más por personas que tenían interés en presentarlos bajo un aspecto odioso, produjeron entre los especuladores el efecto natural de que suspendiesen sus empresas mercantiles, y el de que las dos ó tres casas que juegan en aquel mercado con los préstamos y vales de las nuevas repúblicas, publicasen noticias alarmantes que hicieran bajar el precio de los *bonos*, ya muy abatidos con la suspensión anterior de los pagos de dividendos De manera que las pinturas exageradas, hechas por los negociantes ingleses y los emigrados españoles de los desastres de México; las pocas simpatías que les inspiraba el triunfo del partido popular . . . la emigración de más de mil españoles, muchos de ellos acaudalados . . . coincidiendo con los preparativos que se hacían por parte del gobierno peninsular para una invasión, paralizaron los giros, y causaron la suspensión de las expediciones mercantiles.”² “Los estados, á excepción de uno ú otro, no pagan los contingentes, y lo que es más melancólico, ni aun la deuda de los tabacos que han recibido de la federación. . . . Las aduanas marítimas producen una mitad menos de los años anteriores de 26 y 27, y sus productos están empeñados con los que han hecho el triste tráfico de dar en créditos que no tenían más valor que 10 ó 20%, una mitad, y otra en numerario, para recibir libranzas contra ellos por el valor íntegro, y cuando mucho con un descuento de 15%. La renta del tabaco ha desaparecido Los ingresos de la capital, apenas han llegado en los últimos nueve meses á \$190,000. Suma equivalente á la séptima parte de los gastos del Distrito Federal. De manera que el Ministerio de Hacienda se ha visto obligado á recurrir á anticipaciones de derechos siempre degradantes. . . . Sólo diré por último, que hasta hoy se deben por la tesorería general en el Distrito por los tres meses últimos: á la tropa, \$318,645; de la lista civil \$77,814, lo que hace la enorme suma de \$396,489 que se au-

1 J. Sierra. *Historia Política. — México — Su evolución social*, pág 174.

2 Zavala, *Revoluciones de la Nueva España*, tomo II, págs. 151 y 152.

menta diariamente” “Los Estados de Zacatecas, Yucatán, Veracruz y Durango eran los únicos que pagaban corrientemente sus contingentes: pero el de Yucatán no era ni aun suficiente para pagar la guarnición de aquella península: los productos de Zacatecas estaban empeñados por tres meses; de manera que de tres millones que debían los Estados á la Federación, sólo entraban escasamente \$150,000 mensuales nominalmente; pues se *distribuían en la mantención de las mismas tropas que hacían el servicio en aquellos Estados*. Con motivo de la invasión, había un deficiente mensual de \$400,000, sin contar con el pago de los dividendos que hacía dos años que estaban suspensos.¹ La tesorería general se hallaba exhausta y sin medios de cubrir las *más urgentes atenciones*. En estas circunstancias se anunció la proximidad del desembarco de una división del ejército español en uno de los puertos de las costas de la República.”²

En esas *circunstancias*, el gobierno de México, dirigido por un hombre débil para todo lo que no fueran los grandes deberes patrióticos, no podía operar una concentración clásica de dos cuerpos de ejército como la que exige el Sr. Bulnes rehaciendo nuestra historia con datos aislados, cifras muertas y estrategia abstracta. Hablar de 47,000 hombres sobre las armas y de presupuesto normal de guerra, tratándose del año de 1829, es un sarcasmo. Queda por demostrar, antes de obtener la condenación del gobierno del Gral. Guerrero, que no fueron necesarios “mil sacrificios y un esfuerzo agotante” para superar escasamente las fuerzas invasoras y para concentrar entre Jalapa, Córdoba y Orizaba los 3,000 hombres que formaron el cuerpo de reserva.³ El mismo Sr. Bulnes que reprocha al gobierno no haber movilizad en cincuenta días 20,000 hombres para situarlos en Jalapa y en Tula, por mitad, “operación para la cual no eran necesarias facultades extraordinarias y bastaba con los recursos naturales del presupuesto” (pági-

1 Obra citada, págs. 150 y siguientes, tomo II.

2 Obra citada, página 76, tomo II.

3 No discutimos la actitud del Gral. Guerrero y del gobierno ante la invasión; eso sería alargar demasiado un trabajo que sólo tiene por objeto seguir al autor de *Las Grandes mentiras*. En este y en los demás asuntos que tratemos, habrá por fuerza deficiencias inevitables, pues lo repetiremos, no es nuestro propósito tratar extensamente las materias que discute el libro examinado. Acaso deba advertirse que aun cuando se niegue en estas páginas alguno de los cargos formulados por el Sr. Bulnes, el autor de ellas no se empeña siempre en defender á los inculpados, tomando un punto de vista contrario; no, lo que quiere es señalar la improcedencia de ataques que sean infundados, sin que obste ésto para que prescindiendo de la rigidez á que obliga la controversia, se encuentren motivos de inculpación derivados de un juicio histórico, sereno y amplio.

na 14), dice en otro pasaje: "Podía suceder también que Barradas recibiese 5 ó 6,000 hombres de refuerzo, que unidos á los existentes en Tampico, y apoyado por una escuadra numerosa que dominara el río, con lanchas cañoneras, permaneciera dos, tres ó más años como Rodil en el Callao. Para atacar á los españoles en el caso supuesto, hubiera sido preciso emplear 25,000 hombres (un 25% más de los que arriba se calcula que pudo movilizar Guerrero en cincuenta días) por lo menos, con todos los recursos competentes para tan difícil obra. *Arreglar una expedición de esa naturaleza, no le hubiera sido posible al Gobierno hacerlo ni en un año.*" (página 66.)

La actitud triunfal del ejército invasor.

"El brigadier Barradas no fué derrotado por los mexicanos en ninguna acción de guerra grande, mediana ó pequeña." Desembarcó, según el Sr. Bulnes, con 2,700 hombres. Algunos contemporáneos dan la cifra de 3,500. Se eleva á 4,000 sólo por la *irremediable ignorancia* de algunos autores de compendios. El Sr. Bulnes no fija la procedencia de sus datos: los aceptamos, provisionalmente, pues debe de haberlos discutido quien tan difícilmente admite datos ajenos sin discutirlos. Desde que desembarcó (27 de Julio), hasta el 9 de Agosto, la fuerza española sólo tuvo dos encuentros insignificantes: el primero fué el de 31 de Agosto. Habiendo atacado á la columna expedicionaria una batería emboscada en la ribera del río¹ (que Zamacois transforma en playa del Golfo), media compañía de cazadores (según la narración del mismo Zamacois), obligó á rendirse á la fuerza de 50 hombres que había en el reducto, y se apoderó de las piezas. El Sr. Bulnes reprocha al jefe D. Felipe de la Garza que no hubiera protegido esas piezas, ó que no las hubiera inutilizado, arrojándolas al río, si lo primero era imposible. Siguió á ésta la acción de los *Corchos*, en la que 1,000 españoles, á las órdenes del comandante Falomir, derrotaron, según Zamacois, á una fuerza mandada por D. Andrés Ruiz de Esparza y D. Juan Cortina, ha-

¹ El Sr. Bulnes, que rechaza con indignación las inexactitudes de los autores de compendios y que toma al pie de la letra las figuras retóricas más anodinas, para acusar de monstruosas *las infarronadas de nuestra llamada historia*, incorpora en su libro (pág. 21), fragmentos de Zamacois, sobre el primer encuentro entre españoles y mexicanos, y los comenta sabiamente aceptando todos los hechos circunstanciales que refiere, sin desconfiar de un autor jactancioso y aun ignorante que comienza así el citado fragmento: «el primer batallón había pasado por enfrente de un sitio mucho más frondoso que los demás, distante cien pasos de la playa,» refiriéndose á la del Golfo.

ciéndole 97 muertos, 132 heridos y 180 prisioneros. El Sr. Bulnes, partiendo de las bajas nuestras de que habla Zamacois, dice: «Si la mayor parte de los mexicanos eran cívicos, éstos, cuando se portan muy bien, casi como héroes, aguantan perder cinco por ciento de su efectivo: luego, según las bajas, *debía haber* en los *Corchos* 4,000 mexicanos; y si admitimos bajas de diez por ciento que ya corresponden á buena tropa, el número de mexicanos debía haber sido 2,000.—No cabe duda que la jactancia española hizo que Barradas diera á su triunfo de los *Corchos*, una importancia que no pudo haber tenido. *Jamás!* entiéndase bien: *jamás* á un coronel se le ha confiado en México el mando de 2,000 hombres, menos el de 4,000. En 1829 un coronel mandaba á lo más 400 hombres. Cuando en 1829 había reunidos 2,000 hombres, había á su frente por lo menos dos generales de brigada. Basta que Barradas confiese que la fuerza mexicana estaba mandada por un simple coronel, probablemente de *cívicos*, para que deba considerarse imposible que ésta en los *Corchos* pasase de 500 hombres.» El razonamiento, como tal, es muy bueno; pero jamás el razonamiento basta para agotar una averiguación, ni mucho menos una investigación histórica, que no es la controversia de dos partes en la que una ú otra debe obtener el triunfo, sino que se resuelve en impalpables partículas de verdad. En primer lugar, el que ignoremos que en otra ocasión haya mandado un coronel á 2,000 hombres, no prueba que en los *Corchos* así hubiera sido; en segundo lugar, la versión de Barradas que cita el Sr. Bulnes no contiene confesión de aquél, conviniendo en que la fuerza mexicana estaba á las órdenes de *un simple coronel*, pues dice: «Los principales jefes que iban á la cabeza de estas tropas eran D. Juan Cortina y D. Andrés Ruiz de Esparza, y D. Juan Cortina, aun sin ser coronel como el otro, pudo haber tenido más gente á sus órdenes. La exageración con que la jactancia española multiplicó el número de bajas causadas á los nuestros, sin necesidad de cálculos teóricos, resulta probada simplemente y de una manera indudable de la ausencia de estas cuatro líneas en las narraciones contemporáneas: «En los *Corchos* fueron pocos los nuestros y se batieron como leones, contra una fuerza superior que los aniquiló, tomando prisioneros á los que no quedaron en el campo.» A nosotros, es decir, á nuestros autores, tocaba á su vez jactarse de una derrota gloriosa. No lo hicieron, pues hablaron de ella en términos que no acusan grande entusiasmo, ni siquiera conformidad de pareceres. En resumen: del 27 de Julio al 9 de Agosto,

no encontró Barradas obstáculo serio. Ni el 31 de Julio, ni el 9 de Agosto hubo acción formal. ¿Los mexicanos que se batieron en los *Corchos* eran siquiera tropas en estado de rudimentaria organización, fuera de los pocos soldados y cazadores del batallón de Pueblo Viejo que allí había? Aun no se medían los soldados españoles con las tropas de México y la actitud triunfal de los primeros era negativa. Si se apoderaron del *segundo puerto* de México, no fué por culpa del Gobierno ni de nuestros soldados. ¿Sería tal vez por culpa del jefe de las armas en Tamaulipas? ¿Con qué fuerzas y elementos contaba el General D. Felipe de la Garza, Comandante Militar de los Estados internos de Oriente, cuando amenazaba la invasión española? El Sr. Bulnes no trata este punto directamente y sólo consigna lo que cita de Suárez Navarro sobre el particular: «Desempeñaba (Garza) las funciones de Comandante General de los Estados internos de Oriente, y con tal investidura pudo haber hecho mucho oportunamente: *nada hizo.*»¹

La fabulosa acción de Pueblo Viejo.—El Sr. Bulnes conviene en que no llegaba á cinco mil hombres la fuerza que el general Don Felipe de la Garza rindió en Pueblo Viejo. No hay duda en que Garza fué prisionero de los españoles, y en que él mismo se entregó á ellos. Fué sorprendido y atacado durante un reconocimiento que practicaba, probablemente por indicación si no por orden del general Terán. Entró en pláticas con el enemigo y puesto en libertad por Barradas pasó al campo del general Santa-Anna (no sabemos cuánto tiempo después), quien lo despojó de toda autoridad. ¿Qué pasó entre Barradas y Garza, y por qué se le restituyó su libertad? ¿Fué bajo su palabra de honor y comprometiéndose á no tomar las armas contra los españoles? La conducta de Garza no se ha aclarado, porque Santa-Anna no lo sujetó á un consejo de guerra: informó contra él, y no se sabe, dice Zavala, *si Garza fué un traidor ó un cobarde y vil mexicano.* “Tocaba, pues, á nues-

¹ ¿En dónde se verificó la acción de 31 de Julio? ¿en un lugar *frondoso á cien pasos de la playa del Golfo*, ó en la ribera del río? ¿Hubo siquiera tal acción con las circunstancias descritas? ¿En dónde está el Paso de los *Corchos*? ¿En el camino de Tampico á Victoria ó en otro lugar? ¿Ocurrió esta acción antes de la llegada de Barradas á Tampico? Con textos que difieren y sin otros datos suficientes para construir una narración, ésta es imposible. Y aunque el autor no se impone la tarea de narrar sino la de demostrar, no lo consigue sin el auxiliar de documentos armonizados en una narración cierta. Por el contrario, todo queda flotante y vago, en las primeras páginas del libro. Vaya un ejemplo más: «Barradas, al desembarcar en Cabo Rojo, se encontró con milicias que formaban masas cobardes, como todas las masas que no son soldados.» ¿Cuáles eran esas masas cobardes? Treinta hombres que no estaban obligados á resistir á un cuerpo que pasaba de 2,500 soldados. (V. Rivera, *Historia de Jalapa.*) No cita el Sr. Bulnes documento ninguno según el cual pueda asegurarse que había en Cabo Rojo *masas cobardes.*

tros historiadores haber aclarado ese misterio,—concluye el Sr. Bulnes,—y decirnos lo que realmente hizo Garza.” Por mi parte creo que sin documentos ningún historiador puede aclarar misterios. Si el gobierno calló, ¿cómo adivinar su secreto? Lo que no hace el Sr. Bulnes, tampoco pudieron hacerlo otros historiadores. Les reprocha también que no hayan desmentido á Zamacois vocero de Barradas, en su narración de lo ocurrido en Pueblo Viejo. Según ésta, el General D. Felipe de la Garza, con una división respetable, trató de rodear á los españoles, y al efecto situó sus fuerzas en distintos puntos. Barradas, oído el parecer del jefe del Estado Mayor D. Fulgencio Salas, salió contra el jefe mexicano, con 2,000 hombres. Los que llevaba Garza eran 5,000, en su mayoría milicianos. Barradas dividió su fuerza en dos secciones, y ordenó que por el centro marchara una compañía de cazadores en guerrilla. Esta rompió el fuego y como no se veían las dos secciones, las tropas de Garza, engañadas sobre la fuerza numérica del enemigo, se lanzaron á paso de carga. La guerrilla se retiró, dando lugar á que la sección de la izquierda presentase batalla á los mexicanos, mientras la otra ocupaba la retaguardia de éstos. *La “operación se verificó en la calle Real de Pueblo Viejo. Viéndose las fuerzas de Garza atacadas por tres puntos diferentes, á la voz de: ¡Viva el Rey! se hallaron sin poder moverse, en medio de la expresada calle Real, entre los dos batallones expedicionarios.”*¹ Al quedar rodeado de enemigos, Garza se dió por prisionero de guerra con sus 5,000 hombres, y el jefe español lo puso en libertad. ¿Bajo palabra de honor como se ha dicho? La entrega de Garza *con toda su división* no me parece inverosímil: lo que no está probado, y así lo dice el Sr. Bulnes, es que llegasen á 5,000 hombres las fuerzas rendidas cobardemente. Bien pudo ser—y ésto armoniza la versión de Zamacois y la de nuestros autores, descartando la exageración de la cifra contenida en aquélla—que Garza fuera cogido con una corta fuerza y que por miedo ó torpeza entregara todas las que tenía á su mando. La acción de Garza fué oro coronario para Barradas, que venía á recibir la adhesión del pueblo mexicano á su rey y señor, y que se propuso siempre deslumbrarlo con actos de generosidad. Pronto iba á desengañarse de las ventajas que soñó alcanzar con la fácil captura del inepto Garza. Así, pues, los datos ciertos que tenemos, no autorizan la afirmación de que obtuviera el enemigo, en Pueblo Viejo, el triunfo de que habla Zama-

¹ Zamacois, *Historia de México*, tomo XI, págs. 750 y 751.

cois. No en la calle Real de Pueblo Viejo, en toda aquella zona ¿había á la sazón 5,000 hombres en actitud bélica contra los españoles? Jamás ha corrido otra mentira histórica sobre este punto, que la narración esplandianesca de Zamacois, y si "nuestros historiadores educativos omiten hablar de este hecho de armas altamente vergonzoso para Garza y sus fuerzas," su conducta es loable, pues no podrían honradamente hablar de un *hecho de armas* no comprobado. La censura es justa si se refiere sólo al hecho indudable: Garza fué prisionero de los españoles. Por lo demás, no incumbe á los historiadores educativos probar que miente Barradas. El historiador que investiga tampoco debe encerrarse en el triste papel de desmentir á los testigos mendaces. Su obra es más alta; debe formar de todas las narraciones, de todos los documentos, un conjunto probable. Este trabajo, por sí solo, con la frialdad de la razón desmiente á Barradas y lo priva de esta nueva victoria sobre un ejército ausente.

La acción del Chocolate.—Según la versión española, D. Fulgencio Salas derrotó con cerca de mil hombres al Brigadier Rojas quien se retiró "dejando sobre el campo 82 muertos, 22 heridos y 133 prisioneros, que como de costumbre fueron puestos en libertad por Barradas." No hay versión mexicana sobre esta derrota nuestra que es un punto por esclarecer. El autor de los apuntes de que se sirve Zamacois, ascendió á brigadier para hacerlo fugar en la escaramuza del *Chocolate*, al capitán del 9º D. Anastasio Rojas ó al teniente coronel Anastasio Rojas.

La acción de Doña Cecilia.—Refiere Zamacois que D. Luis Vázquez, jefe español, con mil doscientos hombres, derrotó el 13 de Agosto á los mexicanos que resistieron con notable denuedo, pero que al fin cedieron el campo á la ventaja de la disciplina española, dejando 29 muertos, 57 heridos y 340 prisioneros que fueron puestos en libertad. No hay versión mexicana, y queda también este punto por esclarecer en el libro del Sr. Bulnes.

*Las acciones llamadas de Villerías y el abandono de Altamira.*¹—El día 16 de Agosto solió Barradas de Tampico para atacar á Garza en Altamira (á 28 ó 30 kilómetros del puerto). Terán había construído en el camino dos reductos que fueron tomados á viva fuerza por Barradas: avanzó éste y ocupó Altamira que abandonó Garza

¹ Debe advertirse que Altamira y Villerías son una sola población, con dos nombres, usados indistintamente por algunos autores que tratan de la invasión. Sin esta explicación se confunde el lector que quiera darse cuenta de los hechos, sirviéndose sólo de los textos citados por el Sr. Bulnes.

después de una débil resistencia. Esta es la versión de Barradas. La de Suárez Navarro, más circunstanciada, dice que viéndose Terán en peligro de que el brigadier Barradas volteara su primer parapeto, ocupó el segundo que estaba á 6 kilómetros del anterior, y que tuvo que abandonar éste también por orden expresa de Garza, quien por su parte desocupó Altamira. Otra versión mexicana, (de Zavala) dice que Garza y Terán tenían en aquellos lugares escasas fuerzas indisciplinadas y no fogeadas, y que estaban en espera de refuerzos que debían llegar de San Luis y otros puntos. Haya sido por cobardía ú otro móvil vergonzoso de Garza ó bien por falta de fuerzas competentes en Altamira, el hecho es que el abandono de estos puntos no justifica la apreciación del Sr. Bulnes: «La columna de Barradas constaba de 1400 hombres y Terán y Garza unidos tenían por lo menos mil y estaban fortificados. Poco honor causa esta defensa á su autor ó autores.» No sabiendo si Terán abandonó el segundo reducto *motu proprio*, ó por orden de Garza que era su jefe, y en el primer caso si contaba con una fuerza no del todo desorganizada y desmoralizada, ninguna apreciación podemos hacer sobre su conducta, y hay que suponerla digna de un militar valeroso y entendido como lo fué siempre. En cuanto á Garza, que después fué ignominiosamente destituido de su empleo de comandante general de los Estados internos de Oriente, tampoco sabemos si lo que hizo fué evitar la inmolación inútil de Terán y su gente, aunque su conducta en otras ocasiones haya sido la de un inepto intrigante y cobarde.

Ocho testimonios originales.—Todo lo anterior indica que los elementos allegados por el Sr. Bulnes sólo tienen un valor negativo; establecer indiscutiblemente la falsedad de los apuntes que sirven de base á Zamacois. Ahora bien, como nadie puede tomar en serio á este autor que sin crítica ni la más vulgar sensatez, copia lo que tiene á mano, sea lo que fuere, y como una investigación dedicada sólo á rectificar las especies anodinas de Zamacois, carecería de objeto, hubiera sido encomiable en el Sr. Bulnes, no limitarse á señalar lagunas, sino llenarlas de sólida erudición. Consultar los archivos, abrir los legajos en que constan los testimonios de los prisioneros españoles, buscar las correspondencias oficiales y privadas, compulsar los partes rendidos durante la campaña, es un trabajo que aun está por hacerse, y cuyo resultado será fijar, una á una, las jornadas de la división expedicionaria, desde que